

BRENDA Y LAURA, DOS SUPERVIVIENTES DE LAS FRONTERAS Y LAS VIOLENCIAS CONTRA LAS MUJERES

FABIOLA BARRANCO

“Era mi sombra. Un monstruo que un día me esperó en la esquina de mi calle dispuesto a matarme. Me agarró del pelo y me tiró al suelo hasta que consiguió meterme en el coche. Logré avisar a mi madre, pero ya era tarde. Apretó el acelerador tan rápido como sentía mis pulsaciones. Yo gritaba y rogaba que me dejara. Gritaba por mis hijos. Todavía no sé cómo sucedió, pero de repente paró y me dejó bajar del coche. Lo estoy contando, salí con vida.” Así recuerda Laura -nombre ficticio para preservar su seguridad y la de su familia- uno de los episodios más terroríficos de su existencia, empañada por la violencia que su expareja y padre de sus hijos, ejercía contra ella. Para escapar de su maltratador tuvo que poner un océano de por medio y viajar desde Centroamérica hasta España donde esperaba alejarse de ese calvario que todavía hoy le quita el sueño. Sin embargo, la vida le tendía otra trampa. Y es que llegó al país europeo con la falsa promesa de un empleo en el ámbito doméstico que le permitiría salir adelante, pero la realidad es que Laura se vio atrapada en una red de trata de mujeres.

“La primera vez que tuve que prostituirme no paré de llorar, las lágrimas que hoy se me escapan al recordarlo, no son nada comparadas con las de aquel día. Pedía perdón a dios una y otra vez. Me sentía sucia pero el agua de la ducha no lograba arrastrar ni la pena, ni la culpa, ni la vergüenza. Ni el dolor”, confiesa mientras se seca las mejillas.

Después llegaron más veces y conoció a otras mujeres que, como ella, eran madres separadas de sus hijos a miles de kilómetros, engañadas con la promesa hueca de un trabajo digno que les permitiera ofrecer un futuro para ellos. Esta joven de 25 años cuenta que todas las chicas vivían en una habitación con literas donde permanecían encerradas todo el día, convivía con extrañas que pronto se convirtieron en su mayor apoyo y consuelo: “Nos peinábamos unas a otras e incluso algún día bromeábamos con que si nos metían presas no nos importaba... Aquello ya era una cárcel”.

Habla en pasado porque por suerte la joven también logró escapar de ahí, gracias al apoyo de un equipo de Médicos del Mundo que le asesoró para pedir protección internacional e ingresar en el sistema de acogida estatal, a través de la ONG Rescate, una asociación especializada en género que ofrece acompañamiento psicosocial y jurídico y cuenta con siete pisos de acogida para solicitantes de asilo que han huido de sus países por motivos de género. Es decir, ofrecen atención y techo a mujeres víctimas de prácticas tradicionales, culturales y/o religiosas dañinas, tales como la mutilación genital femenina o el matrimonio forzado o precoz; de la restricción de derechos sexuales y reproductivos (aborto forzado, esterilización forzada, embarazo forzado, pruebas de virginidad, actos de violencia sexual), de violaciones, de violencia en un contexto armado, de feminicidio, de maltrato por parte de sus parejas o exparejas, de redes de trata de seres humanos y de leyes discriminatorias hacia las mujeres y al colectivo LGTBI. Pero, aunque hablamos de personas que han sufrido en primera persona todo este tipo de abusos, ante todo son supervivientes. Supervivientes de las fronteras y de la violencia contra las mujeres.

En [España la Ley 12/2009](#) reguladora del asilo y la protección subsidiaria, contempla e incluye expresamente en la definición de persona refugiada, la persecución por motivos de género u orientación sexual, ampliando así la definición recogida en la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de las Naciones Unidas de 1951. Y aunque las estadísticas oficiales de asilo no desglosan esta información, Laura es una de muchas mujeres que, escapando de la violencia de género, encontraron refugio en el país mediterráneo.

“Pese a todo, cada día trato de recordarme a mí misma que nadie puede cortar mis alas y yo soy quien decido lo alto que puedo volar. Estoy viva. Por doloroso que sea, quiero contarlo para evitar que otras mujeres tengan que pasar por lo mismo. Quiero contarlo para que mis hijos sigan teniendo una madre y crezcan en el respeto. Ellos son mi fuerza para seguir”, confiesa Laura con total convicción, mientras se destapa la flor de loto que lleva tatuada en su cuerpo. Un símbolo para ella, por ser “la única que es capaz de brotar en mitad de la maleza”.

La soledad y falta de red de apoyo, un muro para las mujeres migrantes que sufren violencia machista

En 2018 Brenda migró de su Argentina natal hacia España en busca de oportunidades laborales. Aterrizó con un visado de turista que cuando se caducó la arrastró a una situación administrativa irregular y no tuvo más remedio que aprender a convivir con el miedo y la incertidumbre constante de ser deportada a su país. En ese tiempo del que resalta el sentimiento de “soledad” y “la falta de red de apoyo”, conoció al que se convirtió en su pareja, pero también su mayor tormento hasta minar su autoestima, fruto del maltrato psicológico y emocional que ejerció contra ella.

Al poco tiempo de conocerse, él le ofreció formalizarse como pareja de hecho (término que se aplica a la unión entre dos personas que quieren convivir de forma estable, en una relación similar a la conyugal, y que para ello deciden hacerlo constar en un registro para que figure de forma oficial) para acceder a una tarjeta de permiso de residencia para Brenda, para regularizar su situación en España y evitar así problemas con la policía o el temor a ser devuelta a Argentina. Una propuesta que acabó convirtiéndose en el principal chantaje, control y manipulación de él contra ella. “En mi tarjeta de residencia consta su DNI y para él eso significaba que yo era de su propiedad”.

A pesar de las constantes humillaciones y vejaciones que denuncia haber sufrido, Brenda reconoce que intentó escapar en varias ocasiones, pero lamenta que “no tenía a dónde ir, ni a quién llamar”, porque la red de apoyo en España era casi inexistente y quería mantener al margen de toda esta situación a su familia en Argentina. Hasta que un día, durante el confinamiento más estricto como medida sanitaria para frenar la propagación del Covid19, y que en España transcurrió durante los meses de marzo, abril y mayo de 2020, decidió llamar al 016. Se trata del [número habilitado por el Ministerio de Igualdad](#), por medio de la Delegación del Gobierno contra la Violencia de Género, que presta información, asesoramiento jurídico y atención psicosocial inmediata por personal especializado a todas las formas de violencia contra las mujeres. Un servicio de atención telefónica que, durante ese periodo de confinamiento, aumentó hasta un 60%.

“Me dijeron que agarrara las cosas para irme a la comisaría más cercana y denunciar, pero a mí me daba miedo hacerlo sola. Me preguntaron si había sufrido violencia física, le dije que no, que psicológica, económica y emocional, y que no podía más. Pero no pudieron ayudarme”, lamenta la joven.

Hasta que un día salió de casa con su maleta y se refugió con otras amigas y compañeras que estaban empezando a tejer un grupo de apoyo mutuo que bautizaron como Red Feminista Latinoamericana.

Hoy Brenda, que se define como mujer feminista, quiere romper el silencio porque sabe que lo vivido “puede pasarle a cualquiera”. Por eso comparte en voz alta todos estos recuerdos, dice que “es sanador” y cree que así puede ayudar a otras mujeres migrantes que atraviesan situaciones similares en las que factores como la precariedad o la ausencia de red de apoyo suponen un muro más para salir de espirales de violencia contra ellas. Un camino para curar

heridas -visibles e invisibles- que ella recorre también con el apoyo de Rescate, a través del [proyecto Sabina](#), que actúa en Málaga y Madrid. “Se trata de un programa pensado para apoyar a mujeres migrantes y que además sufren o han sufrido situaciones de violencia de género. Lo hacemos desde la prevención y acompañamiento a mujeres que no cuentan con una red de apoyo, que viven la soledad del migrante, que se enfrentan a discriminaciones, abusos, precariedad y explotación laboral”, explica Bárbara, psicóloga del programa y que destaca las “herramientas vitales de estas mujeres para salir adelante, pese a todo el sufrimiento acumulado”.